

# LA NOVELA CORTA



G-F 6701

20 cts.

"La viña  
del feñor"

MARCIANO  
ZURITA

# APARECIÓ

EL DIA 30 DE ABRIL EL PRIMER TOMO DE

## EL LIBRO AZUL

publicando una obra maestra de  
pasión y romanticismo, titulada

### Sylvia—Páginas de su diario

de la amenísima y sutilísima escritora

ELISABETH TENANT

escrupulosamente traducida por el insigne maestro

**CRISTOBAL DE CASTRO**

Este volumen va lujosamente presentado y ornadas sus páginas con magnífica cubierta e ilustraciones a cuatro colores.

**Precio del volumen: 1,50 pesetas.**

De venta en librerías, kioscos y Bibliotecas de Estaciones

## EL FOLLETIN

HA PUBLICADO AYER VIERNES

Historia de Gil Blas de Santillana (tomo V), por Alain-René Lesage.

**132 páginas**

**40 cts.**

# “La Viña del Señor”

NOVELA INEDITA

**Marciano Zurita**



## I

Más corrido que una mona, mirando recelosamente a todas partes y tratando de ocultar a la vista del público el envoltorio que llevaba debajo del brazo, subía el señor Florencio por la Ribera de Curtidores hacia la Cabecera del Rastro.

Nevaba copiosamente y, sin embargo, al pobre hombre un sudor se le iba y otro se le venía. La cosa no era para menos. Acababa de adquirir en tres pesetas setenta y cinco céntimos sendas oleografías representando a la Verónica y a la Virgen de la Almudena, y esto, que para cualquier mortal no puede constituir motivo alguno de bochorno, para él, anticlerical recalcitrante, vocal primero del Comité Demagógico del distrito de la Inclusa y vicesecretario segundo de la Junta Electoral Republicana del propio distrito, hubiera significado, de ser conocido el hecho y divulgada la noticia, una razón muy poderosa para que sus correligionarios tomaran el transcendental acuerdo de inferirle un puntapié en la rabadilla y de expulsarlo, *ipso facto*, de las ilustres corporaciones a que, desde muchos años antes, venía perteneciendo.

Concedor de los graves peligros a que su deslealtad le exponía, caminaba el señor Florencio con la visera de la gorra echada sobre los ojos, a punto de avecindarse con la bufanda, que, subiendo más de lo debido, le ocultaba la boca y la nariz; y aunque estas precauciones, muy pertinentes y lógicas en un día de nevada, parece que debían garantizar absolutamente el riguroso incógnito de

Las novelas “inéditas” que publica esta Revista, son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

C.B. 1132679

L. 95593

K. 84049

la persona que las había tomado, el señor Florencio no las tenía todas consigo. Si no por la cara, porque eso era imposible, podía ser reconocido por la ropa, y en ese caso, si el autor del descubrimiento trataba de seguir adelante sus investigaciones y examinaba el contenido del paquete, el ilustre vocal primero del Comité Demagógico del distrito de la Inclusa estaba irremisiblemente perdido. De aquí que su merced realizase el acto sublime de pasar por la taberna de su compinche el "Manene", sita gloriosamente al pie mismo de la estatua del héroe de Cascorro, sin detenerse a tomar ni uno solo de los innumerables vasos de tinto con limón que trasegaba al día, y siguiérase, como alma que lleva el diablo, Embajadores adelante, hasta Mesón de Paredes, donde tenía su chiscón a seiscientos noventa metros sobre el nivel del mar y a algunos centímetros menos sobre el rasante de la calle.

Subió fatigosamente los ciento quince escalones que separaban el portal y su chamizo; llamó con cierta pusilanimidad de hombre que comete una acción positivamente vituperable, y cuando la señora Manuelita le abrió la puerta y se vió, al fin, dentro de sus familiares dominios, recobró su sangre fría de varón curtido en las luchas de la vida, y sin pronunciar una sola palabra, sin contraer un músculo siquiera de su rugosa faz, descolgó denodadamente dos retratos de Vicente Pastor y de la Pastora Imperio que decoraban la estancia, y puso en su lugar las oleografías de la Verónica y de la Virgen de la Almudena que llevaba en el paquete.

La señora Manuelita y su hija contemplaban la operación, asombradas y suspensas. ¿Qué ocurría? ¿A qué podía obedecer aquel suceso inaudito? ¿Qué cambio radical acababa de operarse en el radicalísimo dueño y señor de aquella altísima morada?

Cuando la obra de substituir los cuadros estuvo concluída, el señor Florencio, siempre lacónico y siempre orador, pronunció estas memorables palabras que explicaban sintéticamente su conducta actual y exponían su actitud futura:

—Ya no hay ni Pastores ni Pastoras... Pa verónicas, esa... Y no digo una frase que se me ocurre a propósito, porque resultaría irreverente... Desde hoy, todos, en esta santa casa, somos católicos, apostólicos y románicos. No lo olvidéis. He dicho... A otra cosa. Prepara el menú, chavala.

Y arrojó sobre la mesa-camilla un magnífico billete de cien pesetas, absolutamente bueno, y ante cuya irrecusable autenticidad, quedáronse boquiabiertas la señora Manuelita y su lozano pimpollo.

## II

En la sala y partiendo de la contigua alcoba, sonaron dos furibundas detonaciones. ¡Pim, pam!

—¡Ahí va eso! ¡Pa que lo limpien!—ordenó imperiosamente una voz ronca y grosera.

Y dos botas vinieron por el aire.

—¡Rediez, hijo! Ya podías decirlo de otro modo. ¡Hay que ver!

—Tú, aquí, a callar, ¿sabes? Pues eso...

Esta lapidaria locución la hacía un insigne gandul de veinticinco añazos que, tras las botas, acababa de aparecer en escena.

—Es que...

—Obstáculos a mí, no.

—Pero, hombre, date a razones. Tengo que salir a comprar la comida. Fíjate. Y la muchacha enseñó el esplendoroso billete a su señor hermano. Este abrió unos ojos mucho más grandes que los del puente de Toledo, se estiró concienzudamente la americana, escupió gallardamente por el colmillo, avanzó apolíneamente dos pasos, y emocionado y festivo, preguntó:

—Oye, pero ¿es que nos ha caído el gordo?

—Lo ha traído padre.

—Anda la *Caraba!* ¡Y dónde se lo ha encontrao?

La joven explicó sucintamente lo que ocurría. El señor Florencio acababa de convertirse al catolicismo y ya empezaba a disfrutar de los copiosos beneficios de la conversión. Toda una señora marquesa, por mediación del cura de la parroquia, le había regalado, de primera intención y como premio a su cambio de ideas, la friolera de mil realitos... Y, naturalmente, había que celebrar el fausto acontecimiento.

El gandul del hemanito oía el relato entre indignado y risueño; indignado, por lo que a la censurable conducta de su padre se refería; risueño, por las doradas y deslumbradoras esperanzas que aquel imprevisto ingreso había inspirado a su tierno corazón. Lo estaba viendo y no lo creía.

Y era, efectivamente, para no creerlo. El señor Florencio pasaba en el barrio por uno de los hombres más enemigos de todo lo que huele a incienso y trasciende a sacristía. Estaba bautizado porque así se les ocurrió en mal hora a sus queridos padres, pero no porque él hubiese prestado su consentimiento a aquella paparrúcha inútil y atrabiliaria, de la que en público y en privado se dolía, considerándola como una socialiña vil de las muchas con que el clero explota la ignorancia y la memez de los beatos. Por supuesto, lo único que le consolaba era que él no había tenido que rascarse el bolsillo para sufragar la ceremonia... Si a él le hubieran consultado, ¿de qué iba a reirse la gente de sotana? Ahí estaban sus hijos, a los que por nada de este mundo consintió que les mojasen el codo... ¡Hasta eso podíamos llegar! ¡Ni más ni mangas! Para que comiesen cuatro curárganos holgazanes, ¿no? En seguidita. Inscríbilo a sus retoños en el Registro civil, y gracias. Es más, para que no se dijera que claudicaba poniéndoles nombres de calendario, les adjudicó los de dos obras teatrales que, a su juicio, contenían todo el programa anticlerical. Al chico, le puso Juan José. A la chica, Electra. ¡Olé los hombrecitos!

En otra ocasión memorable, estando trabajando en un convento de monjas donde pagaban muy bien los jornales—que todo hay que decirlo—, observó que las simplicísimas mujeres habían puesto por todas partes grandes letreros que decían: “¡Viva Jesús!” El señor Florencio tuvo un rasgo de épico humorismo. Fué añadiendo una a, para que se leyera: “¡Viva Jesusa!”...

Estos rasgos tan viriles, tan resueltos, tan acordes con la augusta misión de anticlericalismo, valieron al señor Florencio los más entusiastas parabienes de los demagogos del barrio y le pusieron en condiciones de poder desempeñar altos cargos de la política local. El hombre, modestamente al parecer, trató de resistir, invocando sus escasos valimientos personales.

—Yo no sé leer ni escribir—decía—. Yo no he ido nunca a ninguna Universidad... Desde chavaa estoy amarrao a la obra como a un suplicio, y no tengo tiempo pa na. Subo al andamio a las ocho; bajo a las doce, pa comer; vuelvo a subir a las dos pa volver a bajar a las cinco... ¿Cuándo puedo ocuparme de políticas? Antes de ir a trabajar, estoy que no veo, de sueño; des-

pués del trabajo, estoy cansao... y gracias que me quede humor pa tomarme unos medios chicos y jugar un mus...

A pesar de sus protestas, el Comité lo llevó a su seno y le confirió los más esclarecidos honores, prometiéndole el oro y el moro para el día en que triunfase la idea y se fuese a hacer gárgaras el régimen existente con sus políticos ladrones, sus *párrocodos* sin vergüenza y sus ricos sin pizca de lacha. Pero el tiempo pasaba, las promesas nunca se cumplían y el inocente albañil tenía que trabajar a diario para sacar adelante a su familia, compuesta de su esposa, que era un cardo, de su hija, que no era una malva, y de su hijo, que era un perfecto golfo en toda la extensión de la palabra.

Tenía ya cincuenta y pico de años y empezaba a sentirse fatigado. Realmente, el trabajo es una institución importadora y dignificante, pero resulta un poco molesto. Trabajar por obligación un día sí y otro también durante toda la vida, es el colmo del sacrificio, y trabajar sin obligación, el colmo de la idiotez. Nadie, absolutamente nadie trabaja por gusto. Si Dios, siendo Dios, se cansó a los siete días, ¿qué iban a hacer los simples mortales?... Indudablemente, había llegado el caso de estudiar con calma el procedimiento más rápido y eficaz para dar mico al trabajo.

Claro que esto se dice muy fácilmente, pero claro también que del dicho al hecho hay un pequeño abismo; abismo, que en vano trataba de salvar el señor Florencio, cuyo modestísimo cacúmen no se daba punto de reposo por buscar la solución de tan arduo y fundamental problema. ¿Cómo diablos se las arreglarían algunos para ir chupando del bote sin haberse tomado jamás la pequeña molestia de empuñar un azadón o de subir a un andamio? ¿De dónde sacarían esos ciudadanos el dinero para postinear y darse vida de príncipes?... El señor Florencio se torturaba inútilmente la sesera. Estaba visto que la ciencia de la vagancia es mucho más difícil de aprender que de predicar.

Un domingo, tuvo que ir a hacer una chapucilla de poco más o menos, ahí al lado, como él decía, a la calle de Lagasca, pasada la de Diego de León. Una pared que se había puesto tonta y no se dignaba cumplir escrupulosamente su apacible misión de estar derecha. Total, nada: un poco de yeso para reducirla y un poco de coba para dar magnitud a la empresa, y a las doce, en la cochina calle, con un duro más en el bolsillo y sin ningún callo nuevo en las manos.

Hacía calor, y el medio chico de tinto con limón, fresco y burbujeante, se imponía, para calmar los ardores de la tripa. Claro que de haber hecho frío, se hubiera impuesto también, para calentar el esófago. Que el vino tiene, por igual, esas dos excelsas virtudes: refresca en el verano y calienta en el invierno.

Entró, pues, en una taberna de la calle de Serrano, allá arribita arribita, casi enfrente del palacio de "Blanco y Negro". Era la hora solemne del vermouth, y solemnemente la celebraban media docena de cocheros del punto de Lista y hasta docena y media más de menestrales endomingados y dicharacheros, representantes genuinos de la manolera de Salamanca, menos popular—es cierto—que la de Maravillas, Chamberí y el Rastro, pero tan graciosa, tan simpática y tan madrileña como la que más.

Al señor Florencio no le hacían mucha gracia las tabernas de los barrios de postín, que encontraba serias y graves, silenciosas y un poco tristes; así es que entró en aquella como gallina en corral ajeno. Acercóse al mostrador, y encogido y azorado, pidió el consabido vaso de tinto con el tradicional limón.

Se lo sirvieron, se lo tomó de un trago y sacó del bolsillo los diez céntimos para pagar.

—No le cobres, Leureano—dijo, quedita, una voz.

—Está pagao—asintió el medidor.

—¿Cómo que está pagao?—preguntó el señor Florencio, en el colmo del asombro.

—Sí, señor; está pagao.

El señor Florencio tendió por los ámbitos de la tasca una ardiente mirada de gratitud, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse de manos a boca con el mismísimo señor Joaquín en persona, que le sonreía satisfecho mientras cantaba orgulloso las cuarenta en una partida de tute arrastrao.

### III

Oía el señor Florencio a su interlocutor y no salía de su *apoteosis*. Pero, ¿cómo era posible tanta maravilla? ¡Vamos, que no! A él, ¿de qué? Ya no mamaban los pajarillos y la fuente de la Cibeles no echaba arroje desde hacía mucho tiempo.

—Pero ven acá, so pelmazo—replicaba el señor Joaquín—. ¿No lo estás viendo? ¿De dónde iba yo antes a poder llevar un terno de veintiocho *macabeos* y a lucir estos mofletes que ha de comer la tierra?... La cosa no tié malicia. Hay que vivir, ¿sabes? Y tú eres un primo, pero un primo más alumbrao que la Puerta del Sol el día del santo del rey.

El señor Florencio se resistía a creerlo, y el señor Joaquín se obstinaba en hacérselo creer: Y quieras que no, las razones del segundo iban cayendo como bolas de plomo sobre los oídos del primero.

—Mira, so pasmao: en este mundo traidor, tanto tienes, tanto vales. Lo demás es un cuento, ¿sabes? Yo andaba como tú, arrastrao y hecho la pascua, sin una gorda, sin salud, sin humor pa na, siempre al pie del cañón, más harto de trabajar que de comer, viendo que en casa escaseaba el pan, que andábamos a bofetás con el hambre, que mi mujer no tenía qué ponerse, que mis hijos iban por la calle llenos de ventiladores por todas partes y que—¿pa qué te voy a contar?—si yo hubiese caído malo, tóo el mundo hubiera tenido que echarse a pedir... Bueno, pues tóo eso se acabó. Me retrazté y se acabó.

—Pero es que yo no puedo retraztarme.

—¿Qué tú no puedes...? ¡Vamos, hombre, te daba así! Más liberal que yo, ni Riego. Y sin embargo, aquí me tienes. De lo sublime a lo vulgar, como dijo el otro, no hay más que una zancada... Tú vas a hacer lo que yo te diga. Y vas a ver al cura de la parroquia, le dices que, desengañao del mundo y de sus "pompas fúnebres" y vanidosas, estás dispuesto a convertirte y a bautizar a tus hijos, y asunto concluído.

—Pero, ¿también tengo que bautizar a los chicos?—preguntó el señor Florencio en la cumbre del estupor.

—Sí, hombre; ¿a ti qué? Verás cómo desde el punto y hora que lo anuncies te salen las madrinas a montones. Y entonces tú te dejas querer, sigues la coba... ¡y a vivir en grande!

Aunque el señor Florencio no quiso, por el momento, dar su brazo a torcer, las razones de su antiguo compañero de armas y fatigas habían dejado honda huella en su espíritu. La verdad que la cosa no tenía vuelta de hoja. El señor Joaquín no había podido nunca levantar cabeza mientras perteneció al parti-

do, y ahora, desde que se ensueció en las ideas revolucionarias y se pasó a los de enfrente, era dueño absoluto de una cacharrería en la Prosperidad y podía gastarse un domingo cinco duros en llevar a la familia a merendar a las Ventas y a ver después a Chicote, ídolo dramático de sus complacidos deudos y artista el más glorioso de la escena española, según su leal saber y entender.

Total, que cuando, después de haber comido juntos en casa de la Concha, los dos amigos se separaron en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, el señor Florencio era ya otro... Echó por la calle de la Cruz como camino más corto para llegar a su casa, pero una vez en la plaza del Progreso cambió repentinamente de rumbo, y más derecho que una vela, se dirigió a la parroquia, preguntó por el señor cura y entonó compungido ante éste el *mea culpa*, haciendo propósito firmísimo de enmienda y jurando por Dios y todos los santos que nunca más volvería a meterse en camisas de once varas ni a concurrir a mítines donde se promulga como verdad indiscutible que los hombres que se visten por la cabeza, como las mujeres, son un dulce camelo, y llegado el caso, no sirven ni para un barrido ni para un fregado.

#### IV

El cura párroco era mucho más inocente y sencillo que una codorniz, y no le cabía en la cabeza que nadie se permitiese jugar con las cosas sagradas. Un negocio tan grave no podía ser tomado a chanza. Cayó, pues, como un quinto, en la red, y creyendo ver en la conducta de su feligrés un apostólico ejemplo que ofrecer a su rebaño, y aun al mundo entero—tan descreído e impío en estos tiempos de las faldas por las coryas y las melenas por el cogote—divulgó el suceso desde el púlpito con la mejor buena fe, habló de él en privado a todo el que quiso oírle, y lo expuso con el mayor entusiasmo ante la Junta de Damas Catequistas.

La Junta, al saberlo, se conmovió sinceramente. Las señoras que la formaban eran tan inocentes y sencillas como el párroco y como la codorniz, y en sus rectas intenciones no podían sospechar que el supuesto convertido tratase de tomarles la ondulada cabellera. Lejos de ello, alborozáronse piadosamente con la noticia y acordaron, desde luego, patrocinar la conversión dándole solemnidad inusitada y sufragando los gastos que ocasionase.

A los pocos días, el párroco, por encargo de la Junta, llamó al señor Florencio, y tras de preguntarle si insistía en sus propósitos y tras de contestar éste afirmativamente, le puso en la mano los cincuenta duros que tamaño estupefacción y tamaño ágape depararon a la familia del cincuentón albañil.

Consistió el ágape en unas judías a la bretona que, a juicio de la señora Manuelita, quitaban la cabaza, unos callos que, en opinión del holgazanísimo Juan José, picaban más, mucho más, que el "Bocacha", un bacalao a la vizcaína, para el que tuvo Electra la amabilidad de asegurar que "estaba mejor que Dios", y una ensalada de escabeche, ante la cual se descubrió, emocionado, el señor Florencio, proclamando, en patético lenguaje, que no lo comía mejor el mismísimo presidente de la vecina República francesa. Todo ello rociado con diversos frascos de Valdepeñas, que es, después de la agregia figura de Don Quijote, el timbre más lgitimo de la gloria que pueden exhibir las tostadas llanuras de la Mancha.

Sacudido el hule, el señor Florencio tomó la palabra para brindar, como los buenos, por el éxito de la empresa y proponer solemnizar ésta yendo todos a

ver *La verbena de la Paloma* en el teatro del Cisne. Había que ser castizos, y aunque la nevadita que estaba cayendo no era lo más a propósito para evocar las escenas en que Julián se parte el pecho “por una morena chulapa” y asegura don Hilario que hace un calor espantoso, sin embargo, lo cortés no quita a lo valiente, y en opinión del orador todo es cuestión de las antiparras con que se mire.

—Déjate ahora de verbenas—argumentó la señora Manuelita—y que los chicos se vayan adonde les salga de las narices.

—Comulgo en esas ideas, y no es alusión intencionada—agregó cínicamente el vago de Juan José—. Pero pa ir adonde a uno le salga de las narices, como ha dicho *aquí*, la señá Manuelita, se necesita *tela metálica*, como decimos en las Américas. Conque apoquine el señor Florencio unos cuantos *barómetros* a cada uno de sus dos retoñitos y no se preocupe de más... Creo que me explico.

Y tanto como se explicaba. El señor Florencio, que sabía perfectamente, por los sudores que le costaba ganarlo, el valor del dinero, quiso resistir y cerrar el puño, pero su ilustre compañera, saliéndose por tientos, como él decía, empezó a hablar de la juventud y de que si esto y lo otro y de que si patatán y si patatán, y terminó por sacar a su marido cinco duros, que distribuyó equitativamente entre los dos pedazos de su alma, entregando veinticuatro pesetas al varón y una a la hembra, por el motivo fundamental de que ésta no tenía que comprar tabaco, ni tomar copas ni pagarse la entrada del baile.

Total que aquella venturosa familia pasó la gran tarde, en el café de San Millán el matrimonio, en el cine Ideal, con sus amigas, la chica, y en una tasucía de los Cuatro Caminos el zángano de Juan José, quien salió de allí a las tantas de la madrugada, hecho una cuba y después de haber expuesto ante el concurso de amigotes la combinación que su padre se traía para explotar la buena fe de la Junta de Damas Catequistas.

## V

El bautizo de Electra y de Juan José verificóse con toda solemnidad el día de Pascua de Resurrección. La familia conversa, bien aleccionada por el señor Joaquín, muy ducho en esta clase de supercherías, desempeñó su papel a las mil maravillas. El padre, con su trajecito nuevo, sus botas de piel de Rusia—para que rabiasen los soviets—y su boina—para demostrar que era lector de “*El Siglo Futuro*”—, no cabía en el pellejo. La madre iba hecha un brazo de mar, entre el oleaje de una mantilla blanca que le consumía la cara y le sentaba, además, peor que una ensalada de pepinos. Y los chicos, para qué hablar. Estaban encantadores. Vestida de blanco ella, como una novia, y de negro él, como un camarero. Y ambos risueños, alegres, dueños de Madrid, como la primavera, que ya iba poniendo sus cálidos besos en las flores tempranas de los almendros y en las anchas hojas de los castaños.

Una marquesa joven y bonita y un diplomático viejo y gotoso apadrinaron a la neófita, y una concejala rica—o concejal, como se diga—y un banquero no menos adinerado apadrinaron al catecúmeno. Por cierto que esta denominación le sentaba a Juan José muchísimo peor que la mantilla blanca a su distinguida madre.

El día anterior a la ceremonia del bautizo celebróse en la sacristía de la parroquia una especie de junta, a la que asistieron, presididos por el señor cura, los dos muchachos, sus padres y los padrinos. Preguntaron éstos qué nombre

convendría imponer a los primeros, y el señor Florencio, siempre oportuno y siempre castizo, resolvió la cuestión:

—Señores, por una ocecación de la que nunca me arrepentiré lo bastante, puse a los chicos, en el Registro civil, los nombres de mis dos obras favoritas: Juan José, Electra... Pues bien, ahora, arrepentido ya, quiero que se les ponga otros dos que me parecen que ni de perilla: Antonio, Maura...

Ni el cura ni los padrinos advirtieron la chirigota de mal gusto que en momentos tan serios se permitía realizar. el ladino albañil, y los chicos fueron bautizados con los nombres propuestos por éste, con gran concurrencia de gentes que, unas de buena fe, piadosas y cristianas, y otras de buen humor, descreídas y jubilosas, invadieron la iglesia.

Esto sucedió a las once de la mañana, bajo el sol de oro de la primavera de Madrid que, cuando le da la gana de ser formal y atenerse a lo que dice el almanaque, sabe llenar de lilas los palacigos arrates de la Casa de Campo, de aielies los sombreros paseos de la Moncloa, de lirios los húmedos macizos del Retiro y de geranios y claveles los alegres balcones de todas las calles de este pueblo querido, majo y chispero, tradicional y españolísimo, que sueña y soñará siempre con los toros, con la manuela y con el "chico de limón", a pesar del fútbol, del taxi y del cótel...

## VI

Aquella tarde, a las cuatro en punto, había en Madrid tres inauguraciones, a cual más sorprendente y magnífica: la de la temporada taurina, en la plaza "grande"; la del teatro Pavón, en la plaza del Rastro, y la de una taberna, en la plaza de Lavapiés.

Momentos antes de estos excepcionales sucesos, Antonio y Maura habían expuestos gallardamente al señor Florencio sus respectivos programas:

—Mi querido señor padre—le había dicho el primero—, esta tarde toorean dos madrileños en la plaza de Madrid: Fuentes Bejarano y Fausto Barajas... ¡Ná, como quien dice! Y que yo no me quedo sin ver sus faenitas es más viejo que la fachada de San Lorenzo. Conque apoquínese unos cuantos ojos de buey pa ver bien los toros, y no se preocupe.

—Queridísimo papá—había añadido la muchacha—, esta tarde hacen en el teatro Pavón *Don Quintín el amargao*, y que yo voy allí, a un palco, con mis amigas, es rigurosamente histórico. Así, pues, tenga la bondad de sacudirse la *pastizara* correspondiente y déjese de cuentos de las Mil y una noche, que ya no se estilan.

En vano fué que el señor Florencio les contestara con el poderoso silogismo de que aquella mismísima tarde se abrirían de par en par las puertas del nuevo establecimiento de bebidas y comidas que con el neocatólico título de "La Viña del Señor" había instalado en la plaza de Lavapiés y al cual acto no podían faltar los chicos, puesto que siendo debida a la generosidad de sus padrinos tan benemérita obra, la presencia de aquéllos en el solemne acto era indispensable.

Efectivamente, la cosa estaba muy puesta en razón. El señor Florencio, fiel a sus encantadores proyectos de explotar su conversión, había acudido diferentes veces a los padrinos de sus hijos del alma, enumerando una de penas que quitaba el sentido y pintándoles al óleo una situación tan terrible, tan angustiosa, tan desesperada—los días sin trabajo, la mesa sin pan, la cama sin ropas, etc., etc., que aquellos buenos señores, atentos siempre a hacer el bien sin

mirar si el interesado era una persona decente ó un granuja, se enternecieron y entregaron al postulante unos miles de pesetas para aliviarle en sus arar-guras y conflictos y para que atendiera debidamente a la educación de sus ahijados.

Al señor Florencio no se le ocurrió otra cosa que tomar en traspaso una taberna, ideal supremo de su aperreada vida. De este modo, todos sus sueños se realizaban venturosamente. No tendría que subir al andamio, exponiéndose a una congestión en el verano, a una pulmonía en el invierno y a un traspies en invierno y en verano, todo por siete cochinas pesetas. La tasca le produciría muchísimos más ingresos con muchísimo menos trabajo. Además, dispondría de todo el vino de la taberna, a su satisfacción y capricho, hasta hartarse, hasta que el estómago se negara a ingerirlo, cosa que, probablemente, no ocurriría jamás, gracias a Dios. Y por último, se daría el gustazo de invitar a los amigos, porque sí, porque le salía de dentro, con más angel que el Gallo y con más esplendidez que un día de agosto.

Atento a estos laudables propósitos, quiso que la inauguración de la taberna constituyera un acontecimiento excepcional y nunca presenciado, algo así como la entrada del Cid en Valencia o como la apertura del Canal de Suez; para lo cual repartió invitaciones a diestro y siniestro, engalanó el recinto con candelas de flores y contrató una brillante murga, aunque su gusto hubiera sido llevar la banda municipal para que amenizase el acto con todas las de la ley.

Claro que todo este aparato equivalía a dar un cuarto al pregonero despertando la curiosidad y la envidia de los camaradas del señor Florencio, que no pudiendo explicarse satisfactoriamente los motivos de aquel cambio tan radical, se meterían en averiguaciones y terminarían, tarde o temprano, por explicárselo todo, como en las antiguas comedias. Por supuesto que tampoco era necesario publicar requisitorias en la *Gaceta* para esclarecer los hechos. El grandísimo holgazán de Juan José los había divulgado ya *urbi et orbe*, en los Cuatro Caminos, la noche memorable de la suntuosa tajada con que celebró, entre sus amigos, la sensacional entrega de los primeros mil reales... Pero el señor Florencio, hombre de pocos alcances, no había parado mientes en ello, y su tradicional flamenquismo—en el sentido ornitológico de la palabra—le hacía creer que echándose la gorra a los ojos y cerrando éstos a la realidad, o sea metiendo la cabeza debajo del ala, nadie ya se enteraba de su vida y milagros.

Y la verdad era que todos sus amigos estaban al cabo de la calle—y lo que era más grave—que se habían propuesto hacer carambola por tabla “sacando amarraco limpio del juego sucio del señor Florencio”, como con frase lapidaria y genial, Fermín, el de la Arganzuela, había descrito de una sola y goyesca pincelada los planes del concurso, consistentes en aprovecharse de “La Viña del Señor” para chupar del bote sin soltar una gorda.

La inauguración de la tasca revistió legendarios caracteres de epopeya. Allí estuvo, atenta al árduo menester de empinar el codo, dicharachera, bulliciosa, alegre y esencialmente irónica, toda la chulapería de los barrios bajos, con la obligada representación de las arrogantes verduleras de la calle de la Ruda, los postineros torerillos de la Fuentecilla, los arqueológicos chamarileros del Rastro, los traperos, no menos ancestrales, de las Américas, los limpiabotas de la plaza del Progreso y los desocupados inquilinos del campillo de Mundo Nuevo, y en la que no podía faltar el popularísimo Santiago “El Segoviano”, dueño del más famoso de cuantos mesones famosos existen en la villa y corte, en el que la paleta genial de un pintor andaluz simpático y embustero ha inferido

al desgaire los divinos chafarrinones de unos frescos ante los cuales han abierto la boca—y no para comer—Sorolla y Romero de Torres, como la abriría, perplejo y confuso, el mismísimo don Francisco de Goya y Luciente, si las Parcas le permitieran salir de su cajón funerario de San Antonio de la Florida y a él le viniera en gana darse una vueltecita por la Cava Baja.

Se comió de lo bueno, se bebió de lo lindo y se bailó por lo chulo hasta las tantas de la noche, sin que ni por casualidad tuvieran que presentarse allí los guardias, a no ser con el justificado motivo de tomar unas copas, cosa siempre tolerada por la legislación de orden público, aunque, ciertamente, no ha sido aún refrendada por ninguna Real orden.

Sin embargo, en medio de la general algazara, el señor Florencio y la señora Manuelita estaban un poco tristes y un mucho preocupados. Eran ya cerca de las diez, cuatro horas antes habíase terminado los toros y la “primera” del Pavón, y ni Juan José ni la pécora de su hermanita habían tenido la bondad de hacerse visibles en el ágape.

—¿Qué les podrá haber ocurrido?—se preguntaba, conpungida, la tabernera—. Del chico no me preocupo, porque no es la primera vez que llama a casa al mismo tiempo que el cartero, pero de la chica... ¿Dónde estará?

El señor Florencio, no sabiendo qué contestar a estas preguntas, tan naturales en una madre, se salía por los cerros de Ubeda, suscitando el conflicto.

—La culpa la tiés tú, por darla tantas alas. Esta tarde debían haber estado aquí los dos...

—¿Que tengo yo la culpa?

—Naturaca.

—¿Yo, so gamberro?

—¡Clarinete!... Y no lo digo por el que está tocando ahora la polca...

—Pero ¿tendrás vergüenza pa decir que yo...? Mira, si no fuá porque tenemos que atender a los invitaos, ya te enseñaría yo cómo se guisan los macarrones.

—¡A mí no me enseñas tú ni la doctrina, negra, que ya me la ha enseñao el cura!

—La doctrina, no, pero las uñas...

Y la señora Manuelita, muy bien caracterizada en el papel de harpia, mostraba los diez garfios de sus manazas mondongueras, que a la luz de los arcos voltaicos tenían aceradas irisaciones de puñales.

## VII

Era ya muy cerca de las once cuando llegó Maura. La presencia de ésta, lejos de calmar los ánimos de los taberneros, los encontró vivamente. Porque Maura no llegaba sola, sino que se traía al retortero un galán de la más baja extracción, un chulaponcete de mala catadura cuya elocuencia consistía en decir monosílabos idiotas y en escupir heroicamente por el colmillo.

—He tardao un poco porque he estao con mi novio—explicó la doncella.

—¿Cómo tu novio? ¿Quién es tu novio?—inquirió el señor Florencio.

—Este.

Y lo presentó con la mayor naturalidad del mundo.

El desmirriado chulo adoptó una postura interesantísima. Enderezóse la boina, se estiró las mangas, escupió reiteradamente, y dijo:

—Yo.

La señora Manuelita se restregó las manos contra las caderas. Parecía que trataba de aflarse las uñas.

—Déjame a mí—dispuso el señor Florencio comprendiendo las agresivas intenciones de su adorable esposa.

Y encarándose con el intruso, añadió:

—¿Usted es el novio de mi hija Maura?

—Maura, sí.

—¡A mí no me viene usted con frases parlamentarias! ¡Maura, no!

—Guá.

—Y si no se larga usted, pero que ahora mismo, en vez de guá, va usted a hacer guá.

Y guá hubiera hecho seguramente aquel pollo tísico, de no haber puesto pies en polvorosa, calle del Ave María a todo lo largo, bajo la convincente tranca con que el señor Florencio se proponía demostrarle que no estaba dispuesto a consentir que su hija representase con tenorio alguno callejero la clásica escena del sofá.

Pero para escena la que después de consumidas por los invitados las últimas copas y echados los cierres a la taberna, se desarrolló en el seno de la familia. Maura estaba hecha un basilisco. Se encará con sus padres y les notificó su propósito de ir con el cuento a los padrinos, cantando la gallina y relatando de pe a pa la indecente explotación de que estaban siendo objeto.

La cosa se ponía seria y el señor Florencio que, a fuerza de ser farsante empezaba a ser sagaz, disimuló su rabia y comprendiendo que por la violencia no se iba a ninguna parte y que el más pequeño bofetón inferido a la chica—que, indudablemente, se lo tenía merecido—, podía comprometer el negocio, optó por transigir.

—Bueno, si es que le quieres, allá tú. Yo me lavo las manos, como cuando salía de la obra... ¡Pero podías haber dicho que tenías novio, rediez! ¿Desde cuándo lo tienes?

—Desde esta tarde.

—Más vieja es la estatua de Eloy Gonzalo...

—¡Y el puente de Toledo! ¡Nos ha esmerilao ahora!

—Cuidao con el pito, que aquí no hay automóviles paraos... Digo que más vieja que tu noviazgo es la estatua de Eloy Gonzalo, pero si tú le quieres, allá tú.

—¡Pues allá yo!

—¡Ni una palabra más!

—¡Ni media! •

Y la chica se metió en su alcoba a llorar su desventura y a pintarse, de paso, los morros.

## VIII

Más de tres horas hacía que estaba abierta la taberna y el señor Florencio, después de haber despachado ya cinco frascos de aguardiente con limón, se disponía a servir los de vino blanco que se alineaban gallardos, como alabarderos, sobre la repisa del zócalo, cuando hizo su pausada, solemne, augusta y lacónica aparición el sinvergüenza de Juan José.

—Vamos, hombre, ya es hora—le dijo, por decir algo, su padre.

—Reconvenciones, no.

—Aónde has estao?

—Preguntas, no. A un hombre que se deja bautizar pa que su padre medre, ni se le reconviene ni se le pregunta.

—Podías haberlo dicho y estaría aquí la Filarmónica pa tocarte la marcha real.

—Ironías tampoco.

Y atusándose las greñas y tras de arrojar por las narices toda una bocanada de humo, expuso este sublime programa:

—Vengo por más dinero.

—¡Por más dinero!—exclamó el señor Florencio en el colmo del estupor.

—No se alarme—prosiguió, impertérrito, Juan José—. La cosa no merece la pena. Se trata de una *frutesa*. Cien duros.

—¡C'en duros!

—O quinientas pesets, como menos le disguste. He dao palabra de llevarlas antes de las doce y están al caer. Conque menos asombros y más pasta, porque sino, me voy a ver a los padrinos y les exhibo la película cómica que aquí estamos proyectando.

El señor Florencio estaba a punto de desmayarse. Juan José continuaba rígido y calmoso, como un poste.

El muy granuja había pasado la tarde y la noche con una mujerzuela de baja estofa, que decía ser pelotari y que afirmó que jamás había tenido intimidad con hombre alguno: Era, a juzgar por su minucioso relato, una desgraciada, la eterna víctima del dolor y del infortunio. La vieja historia del coronel que muere dejando a la familia en el mayor desamparo volvió, una vez más, a esgrimir sus desacreditados resortes. Aquella infeliz llevaba una vida de perros, defendiendo a mordiscos su virtud. Pero ya no podía más. Tenía empeñadas sus ropas, no por humildes, como de huérfana, no menos respetables, como de doncella. Claro que no era venderse, porque todo lo hacía por el cariño que, súbitamente, le había inspirado Juan José, pero no estaría tampoco de más que éste, puesto que su padre lo tenía, le diese quinientas cochinas pesetas que era lo que necesitaba de momento para poder sacar sus ropas de la casa de empeño y presentarse decorosamente a pedir trabajo en los frontones.

—Las tendrás—dijo el mozo, al despedirse de ella, a las diez de la mañana, en la Puerta del Sol—. ¿Dónde qués que nos veamos a la hora del vermú?

—Aquí mismo, a la entrada del Metro.

—¿Hora?

—Las doce y cuarto. ¿Estarás?

—Primero faltaría a la primera de abono.

Y con las últimas pesetas que le quedaban tomó un taxi para ir a la plaza de Lavapiés, donde el señor Florencio, empavorecido, oyó las terribles e imperiosas demandas de su hijo.

Prosiguió inalterable éste su poética canción. El señor Florencio le oía lleno de pesadumbre. Habíase reservado, después de la instalación de la tasca un billete de mil pesetejas para atender a los gastos subsiguientes y le dolía en el alma tener que desprenderse de la mitad de su tesoro. Se resistía, pues, invocando mil razones que el muchacho no se tomaba la molestia de escuchar.

—Bueno—dijo, por último, éste—, qué decirse que no me las da usted, ¿no es verdá? ¡Ni una palabra más! Ahora me voy a casa de mis padrinos y les coloco el disco.

Sabía el señor Florencio todo lo cínico que era su hijo y comprendió que no

tenía más remedio que transigir. Fué a la tienda de ultramarinos, cambió el billete y entregó al muchacho las quinientas pesetas.

Salió Juan José de estampía y en diez minutos llegó a la Puerta del Sol. Ahí estaba la furcia, esperándole.

—Chica, no he podido sacarle más que veinte duros. ¿Hacen?

—¿Veinte duros? ¡Eso es una porquería!

—¿Hacen o no?

—¡Qué asco!

—Por tercera y última ¿los quieres o no?

La pelotari se hizo sus cuentas y comprendiendo que menos da una piedra, optó por guardarse el dinero, y colgándose del brazo de su adorado, echaron ambos a andar por la Carrera de San Jerónimo, en busca de un tupi, donde celebrar con percebes y cerveza, la nueva alianza.

## IX

El tiempo de las verbenas había comenzado, y Madrid se ahogaba todas las noches en el vaho denso y pestilente de los churros y en el clamor abigarrado de las multitudes ruidosas y cansadas, para revivir todas las mañanas en el húmedo fresquecillo estival. Primero fué allá, en los altos de la calle de la Princesa, por San Fernando, y en seguida allá abajo, junto al Manzanares, pequenillo y ruin, por San Antonio, el patrón de los noviazgos.

Por cierto que al buen santo de Pádua debieron de confiar los suyos Maura y su hermano, y aquél, siempre complaciente y risueño, debió de corresponder a la confianza despertando en ellos sendas y furibundas pasiones por “El Niño de Antón Martín” y por “Rosita la Pelotari”, respectivamente.

La estaca del señor Florencio, terriblemente blandida sobre los ensortijados pelillos de “El Niño”, no hizo desistir a éste de sus honorables proyectos respecto a Maura. Al día siguiente, ya anochecido y amparándose en la penumbra vespertal que llenaba de silencio, de luto y de brujería la angosta calle de Ministriles, esperó a la moza, a la salida del obrador. Ella, que no le esperaba, sonrió al verle, y juntos y muy acarameladitos, ambularon de aquí para allá durante dos horas, jurándose desde el primer momento un amor perdurable.

El paseo se repitió a diario y una noche supo “El Niño de Antón Martín” la estupenda combinación que el señor Florencio se traía entre manos para vivir a costa del prójimo. “El Niño” tuvo una idea genial. Proveyóse de un puñalito, se bebió cinco o seis copas de aguardiente más de las de costumbre, para adquirir arrestos, y con este bagaje encima de su cuerpo serrano, presentóse en “La Viña del Señor” y planteó al dueño de la taberna la cuestión de confianza: o autorizaba sus amores con la chiquilla o se iría con el soplo a los padrinos de ésta. Agarró el señor Florencio el gancho de echar los cierres, dispuesto a abrir de par en par la mollera a aquel granuja. Pero recapacitó en seguida y se detuvo. No le convenía que en su establecimiento hubiese broncas, por lo que con ellas podría perder. Armóse, pues, de paciencia y, aunque repudiándose por dentro, se manifestó por fuera tranquilo y sonriente. ¿Adelantaría algo con oponerse a los amores de los muchachos? Nada absolutamente. En resumen de cuentas, ellos harían por las malas lo que no se les permitiera hacer por las buenas. Y atado de pies y manos, como estaba, no tuvo más remedio que ceder.

Desde aquel día, la pareja gozaba de la más absoluta libertad. Maura empezó a faltar al obrador para ir con su novio de merienda a los luminosos pa-

rajes del Partidor o de juerga sorda a los tenebrosos ámbitos de los cines populares. Todo lo poco que la muchacha ganaba en el taller de costura y lo menos poco que substraía de la casa paterna iba a parar a los bolsillos del galán, que, con este bello sistema fumaba, vestía y las echaba de potentado, alardeando de ello con la desfachatez peculiar y característica de los repugnantes chulillos de baja estofa...

Aquella tarde iban los novios muy cogiditos del brazo, verbena adelante, comiendo avellanas y contemplando, de pasada, trapecios y barracones. De pronto, otra pareja se plantó ante ellos. Eran Antonio y Rosita, que acababan de descender de un tobogán obscuro, mareante y ruidoso.

Maura pareció avergonzarse. La única persona que le inspiraba miedo en el mundo era su hermano. Al padre y a la madre—a aquél por miedo y a ésta con arrumacos y carantoñas—les tenía cogidos por la faja, como decía "El Niño"; pero su hermano era otra cosa. Su hermano, pendenciero, egoísta, desvergonzado y cínico, no admitía ancas de nadie, y como se le pusiera en las narices disponer que la nena abandonase sus proyectos de connubio, no habría más remedio que bajar la cabeza y obedecer. Lo contrario sería exponerse a un serio contratiempo.

Pero o, según dice el refrán, no es tan fiero el león como le pintan, o el león tiene, a veces, inauditos rasgos de complacencia.

—Vamos, mujer, no te azares—sonrió el terrible mozo—. No es pa tanto la cosa. ¿Que vas con un hombre? ¡Bueno! Yo también voy con una mujer. ¡Y menuda que es! Mírala: "Rosita la Pelotari". La habrás oído nombrar...

Hubo mutuas presentaciones y quedó sellada la amistad de las dos parejas que, juntas, pasearon sus andares por todos los puestos y aún se permitieron el lujo de entrar en la ermita para admirar los frescos pintados por la mano chispera y genial de don Francisco, el Baturro.

Cuando, ya entrada la noche, emprendieron el regreso, iban los cuatro más habladores que al principio de la entrevista y bastante más bebidos que antes del encuentro.

—Sería cosa de tomar un taxi—insinuó Rosita.

—¿Un taxi? ¡Vamos, tú estás en la India! Nos vamos dando un paseo por la Virgen del Puerto, subimos la calle de Segovia y recalamos en el bar de Puerta Cerrada.

La noche envolvía en su sombra los ignotos jardines del Campo del Moro, cuya espesura se mecía a impulso del aire despertando un murmullo arrullador y soñoliento. Abajo, el río, encauzado en la mezquindad de sus canales, lanzaba un suspiro débil y triste, lamentando su perdida libertad.

Llegados los novios al bar, sentados perezosamente y entre sorbo y sorbo de cerveza, sellaron el pacto. Desde aquel día se apoyarían mutuamente los dos hermanos, en casa y fuera de casa. ¿A quién debía el señor Florencio la felicidad de que gozaba y el dinerito con que sostenía el negocio? A ellos, únicamente a ellos, y no era cosa de dejar que se las diese de vivo y anduviese por ahí diciendo a quien no le conocía que todo aquel edificio lo había levantado con el sudor de su rostro. ¡Con el sudor de su rostro! ¡A cualquier cosa le llaman sudor los holgazanes! Total, ¿qué había hecho el señor Florencio para adquirir aquella brillante posición en que actualmente estaba colocado? Nada, hombre, nada. Cuatro carantoñas, primero, cuatro reverencias después, y por último, la pamera de la conversión. ¿Era, pues, justo que disfrutase a sus anchas de un capital que no le correspondía?...

Maura, que iba levantándose de cascos más de lo debido, propuso hacer rancho aparte y que cada parejita se fuese a vivir cómo y adónde se le antojase; pero Antonio, más egoísta o más sensato, aunque no más filial, fué de dictamen distinto al de la preopinante. No convenía dar la campanada por varias razones y la principal era que mientras estuviesen en la casa paterna tendrían dónde meter la mano y de dónde sacar dinero, cosas ambas de las que carecerían al irse a vivir por su cuenta. Según su esclarecido talento, lo más juicioso era pedir a sus progenitores una pensión vitalicia que les pusiera a salvo de toda contingencia económica y les liberase para siempre de la preocupación de tener dinero. Sin embargo, la propuesta no prevaleció por razones de un pundonoroso sentimentalismo. Aquello equivaldría a abdicar sus derechos al todo por la conquista de la parte. ¿No les pertenecía todo? Pues ¿por qué habían de resignarse sólo a una parte? Mejor sería—y así se resolvió en definitiva—dejar correr la bola, metiendo mano en el cajón cuando les diese la gana, sin turnos de preferencia, y apoderarse de cuanto en el cajón hubiera. Solamente en el caso de que el señor Florencio echase un cerrojo al cajón o guardase los ingresos en lugares más seguros, se le obligaría a hociocar entregando toda la *pasta*.

Y dicho y hecho. Maura y Antonio y Antonio y Maura despojaban canalllescamente a su padre de cuantos ingresos, ya muy mezquinos de suyo, entraban en la taberna. El pobre hombre leyó en los ojos de sus hijos el desprecio y la amenaza. No era dueño de nada. Y había noches que cerraba la taberna sin haber podido cobrar una sola peseta.

A todo esto, los amigos, los eternos amigos, gorriones y desleales, llenaban a diario el establecimiento, comiendo, bebiendo y divirtiéndose a costa del señor Florencio. Este no rechistaba, porque cuantas veces—muy pocas—intentó hacerlo y protestar contra tamaño abuso, en seguida salían aquéllos con la conocida muletilla de poner a los padrinos de los muchachos en autos de lo ocurrido.

Menudeaban, además, las bromas del peor gusto, saliendo a relucir los noviazgos y tirándose, no ya chinitas sino verdaderos adoquines contra la honra de la chiquilla, que, en opinión del concurso, tenía unas goteras muy difíciles de tapar.

Una noche entró en la taberna el señor Lucas, albañil también y antiguo compañero del señor Florencio.

—Venía yo de la obra—le dijo—y he visto a tu hija salir con su novio de una casa de la calle de Santa Brígida que me la dao muy mala espina.

Otro día, la denuncia fué más concreta y más agresiva:

—Acabo de toparme en las Cuatro Calles con tu nena, y ¡camará, cómo iba! Con las faldas por las rodillas y el descote por la cintura. Tóo el mundo la tomaba por una golfa...

Oyendo estas cosas, sentía el señor Florencio oprimirse el corazón. Sufría como padre y como hombre. Como padre, por lo mucho que quería a su nena; como hombre, por lo muchísimo que estimaba la honradez. Nadie había tenido nunca que decir nada de su familia, y al oírlo entonces y no poder contestar, toda la sangre se le subía a la cabeza y sentía deseos de matar o de matarse. Todo antes que seguir escuchando aquellas injurias y soportando aquel oprobio.

A todo esto, el negocio iba de mal en peor. Como, aunque entraba mucha gente, no pagaba casi nadie, los ingresos eran escasos, con gran indignación de los dos hermanitos que, no explicándose satisfactoriamente aquel fenómeno,

atribuíanlo a combinaciones y escamoteos del señor Florencio, que no hacía más que barrer para adentro sin pizca de consideración a los verdaderos propietarios de la taberna. Y el pacientísimo albañil tuvo que oír frecuentemente las voces con que sus adorables vástagos le echaban en cara su reprochable conducta.

## X

—Ya no puedo más, Manuelita. Ya no puedo más. Esto no hay quien lo resista. Me están matando entre todos. A la chica no le da la gana de ir al obrador y tóo se la vuelve pedir dinero pa coloretos y pa trapos. El chico se ha vuelto más granuja que antes, y no hay vez que entre en la tienda que no se le lleve tóo lo que hay en el cajón. Aquí vienen los amigos a comer y beber, y nadie paga... ¡Y siempre con la amenaza de ir con el cuento a los padrinos y descubrirlo tóo! Yo no sé ya de dónde sacar dinero. Debo a tóo el mundo: al almacenista, al carnicero, al de la tienda de comestibles... Estamos mucho peor que antes. Porque antes no ganaba, es verdá; más que siete pesetas, pero las ganaba honradamente y eran mías... nuestras, y no debíamos nada, y podíamos, de vez en cuando, comprarte tú una falda y yo unas alpargatas. Hoy el dinero que entra en el cajón—cuando entra—es de la chica, del chico, de los amigos, de tóos, menos nuestro. Y tóos son a reirse de nosotros, y nosotros tenemos que achantarnos y callar y mordernos las entrañas... ¡Qué noches paso, Manuelita...! ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió hacer caso al señor Joaquín y representar esta comedia, que no es de hombres! ¡Y pensar que esos señores nos creen gente honrada! ¡Maldita sea...!

Y el señor Florencio se echó a llorar como un chiquillo...

Marciano Zurita

### AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**. - Independencia, 356.- Buenos Aires

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

Guatemala A. C. **DE LA RIVANERMANOS**. - 9.ª Avenida Sur, n.º 1. - Guatemala

PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Partado 8.008.

# La novela TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

**Antón.** -42. **Electra.** -53. **Dona Perfecta.** -53  
La loca de la casa. -62. **Realidad.** -62. La de San  
Cristóbal. -66. **Ser Simera.** -389. Tormento  
**Sumamento.** -9. **Todas somos unos.** -102. La  
sena encantada. -107. El marido de su vida. -  
120. **Más fuerte que el amor.** -139. **Las princesas  
Reza.** -142. El aragon de fuego. -169. La ciudad  
nueva y contrada. -161. La gata de Angora. -  
161. La loca de los sueños.  
**Galán.** -66. **Dona Gertrudis.** -71. El patio.  
La comendada nueva. -93. El niño prodigo. -  
93. **Padre Reyes.** -102. El centenario. -107. La sa-  
gala. -104. El género humano.  
**Calderón.** -115. **Maria Reza.** -114. Tierra ba-  
ja. -120. Agua que corre.  
**Minros Rivas.** -18. El cardenal. -90. La siza-  
na. -191. **Redas de plata.** -91. **Cristobalón.** -242.  
**Tomadas.** -290. **Flor de los pases.** -297. **Sa-  
gre Roja.** -292. La razón de la sinrazón... -296.  
**Abroramas.**  
**Martinez Sierra.** -20. **Primavera en otoño.**  
-22. La casa de la casa.  
**Tuñayo y Baos.** -120. Un drama nuevo. -202.  
La hora de nayar. -186. **Lances de honor.** -149. La  
luz de amor. -177. **Lo positivo.** -214. **Virginia.**  
**Primita.** -6. **El lobo.** -14. **Sobreviviras.** -24.  
**El señor Faudal.** -40. **El crimen de ayer.** -60. **Da-  
niel.** -67. **Amor de artistas.** -77. **Aurora.** -82. **Lu-  
ciana.** -99. **Jana José.**  
**Carrión.** -102. **El alcalde Rengullo.** -120. **El  
Zorro y el Rey.** -131. **Sancho García.** -142. **El  
señor de Goya.** -171. **La mejor razón la espada.**  
-201. **El Zorro y el Rey (1.ª parte).**  
**Villanueva.** -10. **El Rey galán.** -23. **Aben-  
Humaid.** -37. **Dona María de Padilla.** -65. **La  
reina de Castilla.** -277. **El Halconero.** -290. **El Al-  
caide de las Perlas.** -32. **La Gloriosa.** -354. **La  
maja de Goya.**  
**Murillo.** -101. **En Flandes se ha puesto el  
sol.** -104. **Dona María la Brava.** -201. **El retablo  
de Agostino.** -202. **Las hijas del Cid.** -199. **El Rey  
travieso.**  
**Ramos Carrión.** -84. **El seveso mande-  
miento.** -65. **La comedia.** -66. **La Bruja.** -105. **La  
maja de julepe.** -104. **El viento rojo.** -109. **Los  
sobrios del capitán Grant.** -179. **Mi cura mi-  
dad.** -122. **Los ochoritas.** -210. **La estirada.** -69. **La  
Marsellesa.** -271. **Agua, azucarillos y aguardiente.**

de copa. -219. Con la música a otra parte. -101  
El afinador. -209. **Pericito.**

**Ramos Carrión-Vital Aza.** -147. **El señor  
gobernador.** -119. **Zaragüeta.** -182. **Robo en  
desdoblado.** -181. **El padrón municipal.** -110. **El  
oso muerto.** -132. **La ocasión la pintan calva.** -110  
**El rey que robó.**

**Benegaray (Miguel).** -44. **La viejecita.** -53  
**Gigantes y cabezudos.** -76. **El dño de la Afri-  
cacha.** -81. **La Rabalera.** -115. **Los demonios en  
el cuerpo.** -178. **La Credencial.** -163. **Los Hugo-  
notos.** -192. **Entre parientes.** -111. **El octavo, no  
mentir.** -305. **Juegos matutinos.** -305. **Metereos a  
redentor.** -307. **La monja decemsa.**

**Arnieles.** -2. **La sobrión del cura.** -11. **La ca-  
sa de Quirós.** -19. **Las estrellas.** -20. **Dolorotas.**  
-21. **La señorita de Trévez.** -43. **La gentusa.**  
-67. **La noche de Reyes.** -202. **La chica del ga-  
to.** -293. **La heroica Villa.** -225. **Es mi honora.** -  
226. **La pobre niña.** -269. **Los ceciques.** -253. **La  
hora mala.** -309. ¡Que viene mi marido!

**Arnieles-García Alvarez.** -12. **Alma de  
Dios.** -17. **El pobre Valbuena.** -70. **El terrible  
Perez.** -72. **El trofeo de Goya.** -83. **El método  
Górritz.** -87. **El cuartito Pons.** -97. **El papá.** -124.  
**El polio Tejada.** -122. **El perro chico.** -105. **Gente  
menuda.** -122. **El príncipe Casto.**

**García Alvarez-Muñoz Seca.** -8. **El ver-  
dugo de Sevilla.** -12. **Pagar 221.** -34. **La frecura  
de Lafuente.** -51. **El último Bravo.** -58. **Los su-  
tro Robinsones.** -64. **Pastor y Epirego.**

**Muñoz Seca.** -270. **La plancha de la mar-  
quesa.** -272. **La verdad de la mentira.** -275. **Los  
pergaminos.** -276. **La razón de la locura.** -278.  
**La cartera del muerto.** -280. **El Conde de  
Mairena.** -141. **La barba de Carrillo.** -193. **Faus-  
tina.** -202. **Los misterios de Laguarda.** -291. **El  
digno pasado.**

**Muñoz Seca-Pérez Fernández.** -207. **Pe-  
pe Conde y el mentir de las estrellas.** -208. **La  
fórmula 3 K3.** -78. **Trampa y cartón.** -87. **López  
de Coria.** -187. **Los amigos del alma.** -254. **Un  
drama de Calderón.** -260. **Martingales.** -262.  
**Trianeras.** -263. **La hora del reparto.** -265. **El  
parque de Sevilla.**

**Paco Abet.** -15. **El río de oro.** -49. **El gra-  
tacaño.** -116. **La divina Providencia.** -206. **Los  
perros de presa.**

**Perrín-Palomos.** -74. **La corte de Ferón.** -  
80. **La marta amorosa.** -81. **Padre Giménez.** -  
82. **La Generosa.** -83. **Papa Gañardo.** -100. **El  
Pástor de la guardia.** -142. **Emancipación libre.** -  
218. **Cerámica Nacional.** -194. **Cuadros dis-  
tintos.** -190. **La Vaca del Sol.** -222. **Las mujeres  
de don Juan.** -142. **El País de las Madres.** -240.  
**Cinecinematográfico Nacional.**

## COMEDIAS

**La Tuna de bilocosa.** -1. **Los misticos.** -4. **Los amiguillos.** -5. **Las cazadoras.** -12. **El hombre que aspiro  
20. La eterna víctima.** -28. **Henry Sampson.** -31. **El misterio del cuarto amarillo.** -35. **Primeros.** -38  
**Rafael.** -41. **Mirandolina.** -42. **Comie y figura.** -47. **Petit-Café.** -48. **Los Novaleses.** -54. **La Tímida.** -55  
**Mitrette y su mamá.** -67. **Los zombales.** -68. **La casa de las herinas.** -102. **Franz Follera.** -102. **La  
Tuna.** -102. **La Ma de Carlos.** -112. **Federa.** -117. **El oscuro dominio.** -121. **Los gaceros del Capiti-  
tulo.** -122. **El Inspector general.** -132. **Tuñayo del otoño.** -134. **Milaneses y galones.** -135. **Muñeca y  
verán.** -139. **Jarabe de pito.** -140. **Papá Lebonnard.** -143. **El Revicor.** -144. **Bisaco Jimena.** -145. **El**

espana de la calle de Lagartos. -148. Lo que ha de ser. -152. Don Francisco de Quevedo. -153. La Ciudad. -154. El amor veis. -159. La señorita del almácigo. -164. El ladrón. -168. La peca del millón. -167. El señor Duque. -168. El gobernador de Urbequicia. -170. Jettators. -180. Situaciones cómicas en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primer torro. -188. La casa de los milagros. -189. El duelo. -193. Los amantes de Teruel. -195. La Cananajilla. -197. Marcela, o la cudi de los tres. -203. La historia del Don Juan Tenorio. -207. Un negocio de org. -208. También la corregidora es granpa. -210. Mister Beverley. -212. La dama de las camelias. -216. Hamlet. -216. La caracterización y los morellas. -250. Los pipraos. -261. El Gavilan. -264. Esclavitud. -268. Las vírgenes locas. -277. El estaido de San Marcial. -278. Judith. -280. El pelo de la dehesa. -281. El corral de la Pacheca. -288. Beveasar. -287. El pueste de antigüites de Baldomero Pagés. -298. Don Gil de las Calzas verdes. -340. El arte de declamar. -242. Zazá. -343. La casa de la Troya. -344. Juventud de príncipe. -345. El mayor monstruo, los celos. -347. Magda. -348. La moza de cástero. -351. A secreto agravio secreta venganza. -364. Mi salvador. -269. La tierra. -272. La República de la broma. -279. Gerineldo. -288. Los pollos bien. -289. La clave de sol. -300. Frutería de Frutos. -304. ¡Que no lo sea Fernando! -306. Alfonso XII, 13. -308. Santa Isabel de Ceres. -309. La luna de la sierra. -310. ¡Si fué don Juan Andaluz!... -311. Margarita la Tanagra. -313. Constantino Plá. -315. Mi marido se abigeó. -316. El pobre Rico. -317. Larrea y Lamata. -318. La caseta de la feria. -320. Melchor, Gaspar y Baltasar. -321. La Presidenta. -322. El caudal de los hijos. -326. El cuarto de Gallina. -325. La casa de Salud. -326. El madrilán de la cumbre. -327. Las mocedades del Cid. -328. El cerdo de Avilés. -329. La fiebre verde. -330. El hombre de las diez mujeres. -331. Alcalá de los Gandules. -332. Arsenio Lupin. -333. La loca aventura. -334. Las superhembras. -335. La extraña aventura de Martín Pequet. -336. Flor de Córdoba. -337. Los malcasados. -338. El segundo marido. -339. El amigo de las mujeres. -340. El tiempo de las cerezas. -341. Nick Carter. -342. La recagusta. -343. Embraujado. -344. Gloria. -345. Pedro Fierro. -346. Nuestro enemigo. -347. Currito de las guitarras e El gordo de Navidad. -348. El desconocido. -349. Las urracas. -351. Amo y crido. -352. El convento de Vergara. -353. La otra vida. -355. El examen de maridos. -356. El valiente capitán. -358. El Licenciado Vidriera. -359. La hermosa fea. -360. Nuestra novia. -361. El bello Don Diego. -363. El fin de Edmundo. -365. Una buena muchacha. -366. ¡Frisionera! -368. El agua del Lozoya. -371. Arcadio es feliz. -372. La copa del olvido. -373. Vivir. -374. Las mujeres de Zorrilla. -375. La del molino. -376. Los gorrones del Prado. -378. La moza de Campanillas. -379. Espantapájaros. -380. Mon homme. -381. Passa el lobo. -382. La cena de los cardenales. -383. Bridge. -384. Ojo por ojo. -385. Su desconsolada esposa. -386. La embajadora. -387. El celoso extremeño. -388. Un hombre encantador. -390. El panal de miel. -391. El talento de mi mujer. -392. El otro derecho. -393. La red. -394. El hombre de mundo. -398. El pa-o del camello. -399. En el llano. -401. La casa de l s pájaros. -402. La pinnpela escarlata. -403. Muñecos de trapo. -403. La venta de don Quijote. -408. El alba, el día, la noche. -409. Una mujercita seria. -410. La alegre diana. -411. La muerte del ruseñor. -412. ¡No matarás! -413. El vizconde se divierte. -414. Mi mujer es mía. -415. La negra. -416. El anzuelo de Fenisa. -417. El clavo. -418. El raton, El fuego y Las aceitunas. -419. «Málaga ciudad bravia.» -420. Hay que vivir. -421. Un buen mozo. -422. ¡Por ser la virgen de la paloma! -423. El dinero del duque. -424. El dilema. -425. La caída de la tarde. -426. Abarragoitia y Salabanchurreta. -427. Bataclán. -431. Marcelino. -432. El secreto. -433. El oculto tormento. -434. La perla azul.

#### ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana. -22. Serafina la Rubiales. -46. La alegría de la huerta. -52. La mareja de Cádiz. -61. El chico del cafetin. -68. Los cadetes de la reina. -72. La Tempranica. -79. El niño ludio. -84. El padrino de «El Nene». -85. La balsa de aceite. -96. El señor Joaquín. -127. Tonadillas españolas. -158. Cantables célebres de zarzuelas. -169. Ninón. -181. Los pendientes de la Trini. -182. Pauso Virondo. -185. La boda de Cayetana. -188. Las Corsarias. -170. La Chicharra. -173. El nido del principal. -174. La Madrina. -176. Chistes célebres de comedias. -176. La suerte de Sains Hano. -184. La tragedia de Lavifa. -202. La canción del olvido. -205. El As. -204. La suerte perra. -211. Tonadillas españolas (2.ª parte.) -286. El Príncipe Carnaval. -286. Don Lucas del Cigarral. -288. La novijera. -282. Matías López. -285. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.) -286. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.) -274. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.) -277. El chaleco blanco. -281. La Hoja de Parra. -290. El Ayapúa. -294. Chiribitas. -285. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte.) -287. La cartujana. -301. El corto de gemio -312. Arco Iris. -314. El gran Bajá. -318. Lola Montes. -304. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.) -350. Tonadillas y tonadilleras españolas (8.ª parte.) -357. Benamor. -362. La boda. -364. La venas de piedra. -367. Tonadillas y tonadilleras españolas (9.ª parte.) -366. Nancy. -370. El apuro de Pura. -377. La luz de Bengala. -395. La montería. -366. Carmina la caseruca. -397. La alsaciana. -400. La linda tapada. -401. Tonadillas y tonadilleras españolas (10.ª parte.) -405. La guillotina. -407. Los gavilanes. -428. La garduña. -429. Las aventuras de Colón. -430. Tonadillas y tonadilleras (11.ª parte.)

**Número atraído: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.**

**(\*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.**

## La novela **TEATRAL**

publicará mañana domingo la comedia en tres actos, titulada

# **MAMA ES ASI**

versión castellana de

**Luis Gabaldón y Enrique F. Gutiérrez-Roig.**

**50 cts.**